

WOHLLEBEN, Peter. *La vida interior de los animales*. Barcelona, Ediciones Obelisco, 2017, 211 pp.

La presente obra pertenece a Peter Wohlleben, autor alemán que estudió silvicultura y que en la actualidad posee una explotación forestal. Apasionado de la naturaleza, ha dedicado su vida a la protección del medio ambiente mostrando lo que en él se oculta para que seamos capaces de desarrollar una mirada más respetuosa hacia la naturaleza.

En esta línea, además del libro que nos ocupa, encontramos otros escritos como *La vida secreta de los árboles*. En esta obra comprendemos cómo los árboles se comunican, se alimentan e incluso qué pueden llegar a sentir.

De la misma forma, en *La vida interior de los animales*, nuestro autor nos traslada al mundo animal, para descubrir sus secretos, para advertir sus emociones y vivencias, para ser capaces de ver un mundo natural y animal muy rico.

Wohlleben se enfrenta a la idea de que el ser humano es el único ser racional, capaz de sentir, capaz de pensar. ¿Qué sucede si no es así? ¿Qué sucede si más allá de nosotros hay una infinidad de seres con sentimientos, con actividad racional?

La respuesta a estos interrogantes va a ser desarrollada a lo largo de los 42 breves capítulos que conforman el libro. En ellos, dando cuenta no solo de multitud de estudios e investigaciones, sino atendiendo a su experiencia personal con los animales, introduce multitud de ejemplos de cada uno de los seres vivos para, a través de ellos, comprender el mundo animal, ejemplos con los que nos introducimos en cada una de las especies, en sus sentimientos, en su organización, en su forma de vida.

Recorriendo estos capítulos y, como nos indica “Mi deseo es, más bien, que llegue un poco más de respeto en nuestra relación con el mundo común animado, sean animales o también plantas” (P. 211), analiza cada uno de los aspectos que integran la vida de los animales: la educación, la muerte, el miedo, la supervivencia, el hábitat... para así, conformarnos una de las visiones más completas del mundo animal, desde los insectos más minúsculos, a los animales más salvajes que pueblan el planeta.

Y es que, desde animales pequeños como las ardillas, a animales más grandes como las cabras, advertimos ya un aspecto que no les diferencia tanto de los humanos, el vínculo maternal. Ardillas que protegen a sus crías hasta desfallecer por ellas, cabras que lamen a sus crías nada más nacer para reconocerlas, para conectar con ellas.

Y partiendo únicamente de este vínculo maternal podemos observar que los animales no son puro instinto, no realizan únicamente acciones inconscientes rápidas (actos inconscientes que también podemos encontrar en los humanos), sino que tienen ese subconsciente con unos sentimientos iguales que los nuestros.

Como parte de esos sentimientos podemos encontrar el amor hacia los humanos. Son numerosos los casos de especies que se acercan y conviven con el humano, como pueden ser los animales domesticados.

Sea por el alimento que les proporcionamos, por la curiosidad animal, por su soledad, lo cierto es que se acercan a la humanidad, creando un fuerte vínculo con ella.

Podemos comprobar que, hasta este punto, los animales pueden desarrollar unos ciertos sentimientos. Ahora bien

¿también sienten dolor? Que algunas de las especies animales carezcan de la estructura cerebral humana no implica que no puedan experimentar dolor, como multitud de ejemplos lo demuestran.

Entre ellos, podemos encontrar los peces, los cuales tienen hasta 20 receptores de dolor justo en la zona en que el anzuelo es clavado.

Y es que, al fin y al cabo, su expresión de dolor no dista tanto de la humana. Este es el caso de una cabra que experimentaba gran dolor en el parto. Como consecuencia de ello, perdió el apetito, yacía tumbada, rechinaba sus dientes, dando clara expresión de ese dolor.

Y no solo dolor, sino que también pueden sentir miedo, tomando medidas hacia ello como vemos en los jabalíes de Francia los cuales, ante la caza, cruzaban el río hacia una zona en la cual la caza estaba prohibida.

El miedo a la caza y a los cazadores les hace desarrollar comportamientos que no son habituales en estos animales. Muchos de ellos desarrollan su actividad durante la noche, momento en que no pueden ser cazados. Y otros, por su parte, se han adaptado a la presencia humana y se trasladan a las ciudades donde no pueden ser cazados.

Podemos encontrar también casos de animales que, sin poseer esa estructura cerebral propia del ser humano, han demostrado una gran inteligencia y sensibilidad emocional. Tal es el caso de cerdos que reconocen a sus familiares y los recuerdan, animales domésticos que agradecen su adopción, gallos capaces de engañar a las gallinas, carboneros que lanzan una voz de alarma falsa para disfrutar solos de todo el alimento, ardillas que crean escondites falsos de comida para evitar a unos ladrones conscientes del robo que llevan a cabo.

Esta inteligencia también queda expresada en la manera en que estos animales se organizan. Así, encontramos colonias de abejas o de hormigas, creadas en torno a la figura de la reina, rodeada de miles de obreras que comunican las unas a las otras las fuentes de alimento.

Parece que, si bien los animales pueden tener una cierta inteligencia, sus acciones se centran únicamente en la supervivencia y la evolución. Pero lo cierto es que son capaces de ir más allá, son capaces de divertirse, como las cornejas que se deslizan por la nieve sin ningún fin evolutivo; son capaces de exponerse a una situación de indefensión por el mero placer, como los pavos que despliegan su plumaje para atraer a las hembras y, con ello, también a depredadores.

Cuervos que designan un reclamo distinto para cada amigo o familiar, cerdos que responden a su nombre, chimpancés que reconocen su reflejo en un espejo, caballos con sentido de la justicia, capaces de avergonzarse, de tener remordimientos, de buscar el perdón, ratones capaces de sentir compasión hacia un miembro cercano que ha padecido dolor o cerdos que se contagian de las emociones de sus compañeros.

Como vemos, el comportamiento animal no es tan simple como se ha tendido a pensar, no es un comportamiento basado en instintos, en actos involuntarios, buscando únicamente la supervivencia, sino que es un comportamiento más rico y complejo, un comportamiento que no dista tanto de los humanos.

Así, en ese comportamiento complejo, encontramos aves que actúan de forma altruista, que avisan ante la llegada de una amenaza, murciélagos que dan alimentos a otros murciélagos que no han obtenido el suficiente.

Un comportamiento también, basado en la educación. No todo es puro instinto, los animales también aprenden, como sucede con los roedores que aprendieron que para poder comerse un ave debían atacar en grupo.

Un aprendizaje que transmiten a las crías, como los lobos que enseñan las rutas de caza y migración a sus descendientes. Unos descendientes a los que no están ligados toda la vida.

Si bien encontramos casos en los que el vínculo familiar perdura, en otros casos se produce una ruptura. Tal es el caso de las cabras que producen una leche cada vez más amarga para romper el vínculo.

Pero la riqueza animal no finaliza aquí, sino que podemos ir más allá, podemos hablar de un sentido del gusto y del olfato en ellos.

El sentido del gusto animal atiende a lo que es o no adecuado, al beneficio que les genera. Esto lo podemos advertir en los conejos que se comen sus propias heces, pero no todas sino aquellas que les proporcionan las sustancias y calorías necesarias.

Respecto al olfato, no solo juega un papel fundamental en el alimento, sino también para acicalarse. Las cabras se impregnan con su propia orina para atraer a las hembras, animales que se rociaban con las heces de otros animales para evitar ser cazados o animales que evitan la suciedad para no ser rechazados.

Por último, en este compendio animal debemos introducir un aspecto que ha modificado la vida y el mundo animal: el humano. El humano ha llevado a cabo una modificación del mundo, de los bosques. En ellos ha introducido caminos, ha talado sus árboles, ha acabado con las grandes extensiones, ha creado ciudades inmensas.

En todo ello, los animales han visto como su vida se ha ido modificando. Ahora, estos animales emplean los caminos artificiales como rutas para migrar, rutas para cazar a los animales que pasan por ellos, rutas de huida.

Los animales se han abierto paso hacia un mundo cada vez más modificado, un nuevo mundo que descubrir y al que adaptarse. Así, los insectos, confundidos por la luz artificial, tienen que reorientarse en un cielo nocturno que ya no es oscuro.

Las carreteras cuyo asfalto proporciona calor y se convierte en vía de tránsito de animales es, a su vez, la causante de multitud de muertes animales.

Con todo ello, nuestra visión acerca del mundo animal se ve modificada. Son seres con sentimientos, sensaciones, pensamientos, capaces de experimentar dolor y felicidad, capaces de engañar y arrepentirse, capaces de recordar, de comunicarse con sonidos y gestos, capaces de sobrevivir en un mundo que los humanos hemos cambiado radicalmente.

Y es que no hay que humanizar en absoluto a los animales, sino únicamente entenderlos mejor; no son criaturas estúpidas que se hayan quedado notablemente por debajo de nosotros desde un punto de vista evolutivo. (P. 209).

Esta última sentencia recorre todo el conjunto de capítulos que conforman el libro, mostrándonos los ejemplos de la vida animal para comprender y entender a cada ser que nos rodea, y solo así, respetarlos como tal.

Laura PEÑARRUBIA NAVARRO
Universidad de Salamanca